

PREGUNTAS

— ¿Cómo aprendíamos? Automáticamente. Lo sabíamos todo. No todos sabíamos todo y nunca todos lo supimos todo en algún determinado momento. Los primeros en saberlo todo éramos pocos. Yo, Arturo, Angélica y Ulises. Primero yo y Arturo, luego Angélica y Ulises. Después de nosotros, el resto del mundo. ¿Qué implica todos? ¿Y que implica todo? ¿Qué implica saberlo todo? Primero, no es que lo supiéramos todo todo pero sabíamos casi todo. Con saberlo todo me refiero al último conocimiento generado científicamente a nivel mundial, todo aquel que haya pasado por el método científico. Por esto, había cosas que no podíamos saber, o no la introducíamos en los chips. Saber básicamente implicaba lo que podíamos insertar en los chips. Podíamos insertar lo que quisiéramos excepto filosofía. O podíamos pero no era lo mismo...Bueno, todo empezó cuando Arturo creó los chips. Él se los podría haber explicado mejor pero básicamente los creó porque estaba aburrido de aprender, según él. Ese fue su motivante. Los creó para una prueba de programaciones cuánticas del cual yo era el profesor hace unos veinte años atrás, alrededor del 2048. Finales del 2048. En Diciembre. Era la última evaluación y necesitaba un trece para pasar, siendo que la máxima calificación era un diez. Algo imposible para cualquiera pero para él una mera paradoja y, como decía Niels Bohr, encontrarse con una paradoja es maravilloso pues nos dan esperanzas para hacer progresos. Arturo se tropezó con una y la resolvió. Eliminó el tiempo del aprendizaje y lo transformó en aprendizaje automático...En fin, quería demostrar que lo sabía todo. Todo lo que entraba para la prueba. Quería sacarse un diez, lo cual era igualmente de imposible para él... Pésimas calificaciones, no iba nunca a clases y las veces que venía estaba distraído. Me llevaba pésimo con él. Un alumno horrible. Pero que terminó por desarrollar esta tecnología,

ambiciosa tecnología que te permitía saberlo todo. Saberlo todo en un determinado momento...El chip lo que utilizaba cuando lo creó eran mnemotecnias. Creó mnemotecnias para retener toda la materia de la prueba sin tener que perder tiempo en aprenderla. Adaptó su receptor, de tal manera que logró que este almacenara información, lo conectó a su cerebro, a su lóbulo temporal izquierdo, y a medida que leía las preguntas una especie de voz ajena a su cerebro iba recitando estas mnemotecnias. Es como si se hubiese construido otro cerebro, o hubiese añadido una expansión al suyo. Una expansión de la cual el aún no conocía los límites.

Los alumnos le entregaron la prueba al profesor, Roberto. Quedaban solo tres. Dos conectados virtualmente y uno estaba en la sala quien entregó su hoja y se fue sin realizar un contacto visual. Roberto se fue a casa con 3 papeles sueltos. El resto de pruebas estaban en su portal virtual. El lugar, si es que se puede calificar como uno, desde donde la gente accedía a clases y podía realizar cualquier actividad que en la vida real implicara solo escuchar y/o ver. En este lugar, las pruebas eran más fáciles de revisar ya que muchas preguntas se revisaban automáticamente. Le daba menos trabajo a los profesores.

En el camino, Roberto pensó que sería del futuro de sus alumnos que reprobaría. Qué sería del futuro de Arturo, se preguntó. Podría ir a la colonia de marte, se respondió a la vez que una sonrisa y una disimulada carcajada brotaban de él. Pero tengo ansias de reprobarlo, se decía a sí mismo. Eso era al menos lo que sentía. Si lo reprobaba no tendría que verlo más ni presencial ni virtualmente. Aunque nunca lo había visto ahí. Seguramente, se decía, no tenía una cuanticadora o el visor virtual para acceder al portal.

Al llegar a su casa saludó a su esposa y a su hija y a su hijo y a su robot. Les dijo que se iría a dormir porque estaba cansando. Su familia, acostumbrada, no le dijo nada. Luego se fue a su habitación y comenzó a revisar las pruebas. Se sentó en su escritorio, sacó un lápiz y empezó. De las tres pruebas, buscó la que tenía el nombre de Arturo y la revisó durante quince minutos y pasó el doble pensando cómo había logrado obtener la máxima calificación. De todas maneras, está reprobado, pensó. Así que, dejando las otras pruebas de lado se fue a su cuanticadora. Se conectó con su visor al portal virtual y revisó algunas preguntas que la maquina no pudo revisar. Luego se fue a acostar. Estaba cansado y aburrido de todo. De su familia, de su trabajo, de su edad, de sus asfixiantes cuarenta años. Se decía a si mismo que era la crisis del tercio de vida, que era normal y que ya se le pasaría. Pero ya había pasado dos años con esa agobiante sensación que le remitía a épocas pasadas, cuando todo le era más simple y a la vez no. Recordó cuando comenzó a trabajar en investigación, alrededor de los treinta años, lo que calzó con la creación de los portales virtuales y la unificación de las universidades que, entre otras cosas, implicaba que todos los conocimientos generados por cada una de ellas se almacenarían en portales privados de cada universidad. Recordó sus primeros días como profesor universitario y su incalculable entusiasmo por enseñar.

Otras cosas pensó mientras intentaba quedarse dormido. Pensó en dejar su trabajo. ¿Pero qué haría después? ¿Podría ir a las colonias de Marte? Así dejó de lado toda esta mierda de vida que llevo. Una mierda de trabajo, una mierda de familia, una mierda de amigos. Una mierda de todo, se dijo para sus interiores. Cada pensamiento era un martilleo en su cabeza que disminuía con cada golpe la posibilidad de alcanzar el sueño. Detestaba no poder quedarse dormido, detestaba no poder controlar ciertas capacidades de su cuerpo. Como dormir. ¿Por qué no me puedo dormir instantáneamente?, se decía. Debería desarrollar algo para eso. A eso me dedicaré. A desarrollar algo para dormir instantáneamente. No una pastilla, sino algo que lo pueda controlar desde mi mente. Podría modificar mi receptor, de tal manera que no necesite ingresar manualmente una

pastilla a este orificio que tengo en el brazo, y dejar un recipiente con una reserva de un somnífero y activarlo de alguna manera con mi cerebro. Lo modificaré para que sea capaz de recibir señales en el rango de los milivatios, y así el receptor pueda leer mis pensamientos... A eso me dedicaré. A dormir instantáneamente. Fue su último retorcido pensamiento antes de comenzar a soñar.

En sus sueños, vivía un apocalipsis. La tierra es invadida por los alienígenas que dotan a todos los robots de inteligencia artificial. Ahora piensan. Le agradecen a los extraterrestres por dotarlos de esta y otras capacidades dignas de los humanos. Raúl, el nombre que afectivamente la familia de Roberto le puso a su robot, decide acabar con la vida de los humanos que lo retuvieron desde la primera vez que se encendió. Roberto ve todo esto pero no puede hacer nada. El robot se acerca lentamente a él, que está acostado en su cama sin poder moverse. Sin decirle nada, levanta su brazo robótico e inserta un cuchillo en su cerebro.

—Despierta —le dijo María, su esposa, mientras lo zamarreaba —. Te tienes que ir al trabajo.

Con desgano se levantó, aseó, vistió y partió. Odiaba tener que ir a la universidad. Odiaba tener que tomar el bus, tomar el metro. Sin saludar a ninguno de sus compañeros de trabajo, se dirigió directamente a la sala donde tenía que impartir las clases. Entra y solo ve a nueve alumnos. Se sienta y se pone su visor. Un total de 372 oyentes de los cuales solo 47 estaban inscritos oficialmente al curso y 60 pertenecían a la universidad. Su visor estaba un poco averiado lo que hacía que viera a las personas más holográficas y borrosas de lo normal, impidiendo que las lograra distinguir correctamente.

Informó las calificaciones y las entregó. Virtual y físicamente. Preguntó si alguno de sus alumnos, enfatizando en esta palabra, tenía dudas. Las aclaró lo más rápido que pudo y, luego de unos escasos 20 minutos de clases, les deseó hipócritamente unas felices vacaciones. Algunos hologramas

reprobados se le acercaron a hablarle pero inmediatamente Roberto se desconectó el visor y dejó de verlos.

Los dos alumnos presenciales que quedaban se estaban retirando a la vez que llega Arturo con un viejo computador de los años 30.

- Hola, profesor ¿Tiene mi prueba?
- Si. Toma. No creo que tengas dudas. Pero de todas formas, repruebas en todos los casos — dijo a la vez que ordenaba sus cosas para retirarse.
- No, pero... ¿no tiene dudas de cómo logré sacar un diez? —le preguntaba Arturo un poco encandilado.
- No. Supongo que estudiaste. Disculpa, me tengo que ir —respondió Roberto con un suspiro a la vez que se retiraba.
- Profesor, no estudie nada.
- Entonces copiaste y el resultado es el mismo. Repruebas — decía mientras se alejaba.
- Tampoco copie, profesor. Modifiqué mi receptor para poder almacenar información y transmitirla a mi cerebro. Lo aprendí todo automáticamente.

Esta sentencia llamó la atención del profesor. ¿Era capaz Arturo de semejante hazaña? No, definitivamente no, pensó. Debe estar loco, intentando impresionarme. Debe estar desesperado por intentar pasar. Y si fuese cierto ¿sería una hazaña digna para hacerlo pasar?

- ¿Cómo?

—Luego de que Arturo me explicara lo que había hecho le propuse trabajar juntos en su invento. Aproximadamente un mes estuvimos en eso. Trabajando a escondidas, sin que nadie supiera de nuestro ambicioso proyecto. Mejorando el chip y nuestros receptores. Estos últimos servían para ingresar cualquier tipo de medicamentos. La ventaja que tenía es que era como una vena que podía abrirse manualmente y tener acceso a todo el sistema circulatorio ... Como toda la información científica estaba en los portales virtuales privados de la universidad, a los cuales yo podía ingresar, podíamos acceder fácilmente a todo el conocimiento científico. ¿Lo leímos todo? No. Para eso estaban las cuanticadoras. Unas computadoras infinitamente superiores a las basadas en silicio, extintas en los años 30... Lo primero que hicimos fue desarrollar un lenguaje mnemotécnico basado en números. Después trabajamos en un programa que transformara información a este lenguaje ficticio y finalmente mejoramos nuestro receptor, transformándolo prácticamente en una computadora, aprovechando al máximo el fluido sanguíneo cerebral y emitiendo señales más precisas. Al principio hicimos pruebas con ciertas ciencias, que suponíamos que serían más fáciles de transformar. Empezamos con las matemáticas, continuamos con informática y finalmente empezamos a transformar todo. O eso intentamos. Algunas cosas eran más difíciles de transformar para la cuanticadora o para nosotros. O más bien eran difíciles de interpretar...Nuestro proceso para aprender algo era, en primer lugar, insertar el chip y luego leer un par de preguntas las cuales no sabíamos su respuesta antes de insertarnos el chip. Si podíamos responderlas, nos dábamos cuenta que habíamos aprendido. Las preguntas eran generadas por nosotros, o por la computadora o por expertos en la materia. El requisito de la interrogante es que tenía que remitir de la manera más abstracta posible a una respuesta que se aproximara a abarcar la totalidad de la información ingresada en el chip. Nuestras preguntas no siempre eran las mejores, y la de los demás tampoco. Menos las de la cuanticadora. En un principio, lo máximo que llegábamos a saber era el 40% de la información que ingresábamos. Luego fuimos mejorando las preguntas...Nuestras peores

preguntas, en términos de porcentaje de entendimiento de la información ingresada en el chip, eran las relacionadas a filosofía. Las preguntas que nos planteábamos en relación a esta daban respuestas que llegaban como máximo al 17% de la información total de filosofía. Así que le empezamos a dedicar más tiempo a esta y a la vez que se convertía en nuestro aprendizaje favorito, pues como decía Aristóteles “Se quiere más lo que se ha conquistado con más fatiga”, nuestras preguntas comenzaban a mejorar junto con los porcentajes de entendimiento de todas las áreas...Las primeras veces que nos insertamos el chip, sentíamos un electroshock al ingresarlo y un pequeño escalofrío al contestar las preguntas y al darnos cuenta de que aprendíamos en un instante. Pero un día, nos planteamos una pregunta definitiva. Una que nos hizo llegar al 99,8% de todo el conocimiento a nuestro alcance. Una pregunta que nos causó un más que un pequeño escalofrío.

Habían pasado 28 días desde que Arturo y Roberto se aliaron. Su taller no se parecía al de los primeros días, cuando era una sala con una gran mesa al centro y en su extremo dos cuanticadoras. Ahora todo estaba desordenado. Papeles, cables, vasos, libros de filosofía, pedazos de circuitos, comida, entre otras cosas. A pesar de esto su chip cada día estaba más avanzado, al igual que su enemistad. No se soportaban. Muchos días interrumpían sus ocupaciones por alguna innecesaria discusión. Arturo pensaba que Roberto era un engreído que no sería nada sin él y Roberto pensaba que Arturo era un estúpido que tuvo un poco de suerte. Ese día habían hecho una nueva versión del chip, con todo el conocimiento científico que había se había desarrollado durante ese mes.

— Ya no le encuentro sentido a todo esto —le dijo Arturo a Roberto a la vez que este último se sentaba y se insertaba el nuevo chip.

- Nunca le encuentras sentido a nada porque se te ha dado todo fácil — decía mientras cerraba sus ojos, esperando el electroshock.
- Yo por lo menos diseñe la idea...
- Sin mi jamás hubieses podido acceder a todo el conocimiento. Te hubieses quedado con lo que aprendiste para el examen final de un curso del que llegaste a saber todo y de todas maneras reprobaste.

Arturo lo miró furioso. Estaba a punto de golpearlo pero se contuvo. Roberto sintió el electroshock y se dirigía a leer las preguntas relacionadas a la última información, cuando Arturo le pasó una hoja con una pregunta. Roberto, después de leerla un par de veces en su mente, la recitó titubeando en voz alta:

- ¿Por qué?

—Después de eso, empezamos a ver las cosas de otro modo. Sentíamos que todo ese conocimiento era una carga gigantesca, cercana a la agonía de no saber nada. A pesar de saberlo todo, no sabíamos qué hacer con todo ese conocimiento. Si le diríamos a alguien cómo hacerlo, si lo venderíamos como producto o si lo divulgaríamos a todo el mundo de manera gratuita. Ninguno de los dos estaba bien económicamente así que la idea de venderlo nos tentó durante mucho tiempo. Pero no lo hicimos. Ni si quiera resolvimos el problema. Pensamos que dos cabezas con todo el conocimiento no eran suficientes así que elegimos a dos personas más para compartirles la carga del chip. Ambos expertos en filosofía, pues necesitábamos a gente que supiera cómo hacer preguntas. No eran mejores, pero al menos eran de confianza. Angélica y Ulises, gemelos. Ambos de mi misma edad a quienes conocí en un doctorado en neurociencias. No me agradaban pero

hacían bien su trabajo, que básicamente consistía en pensar. Además no conocía a mucha gente por aquel entonces. Gente que pensara que no revelaría el proyecto. Así, entre los cuatro, formamos un comité para pensar qué conocimientos debíamos liberar para que todos lo aprendieran y cuáles no. Una idea que suena un poco maquiavélica pero el estar frente a esa situación, a este poder nos hizo ponernos en esta situación un poco egoísta. Más bien por una cuestión de indecisión que de codicia. Todas las tardes nos sentábamos a discutir que era relevante difundir, que no lo era. Que era peligroso difundir. Quienes serían los primeros en acceder al conocimiento. Los problemas que ocasionaría, las segregaciones que generaría y lo rápido que se avanzaría en ciencia y tecnología. Discutimos durante varios días todas las implicancias, variables y posibilidades que se nos ocurrieran. Cada día se nos venía a la mente nuevos silogismos los cuales solían iniciar con la frase “Si liberamos todo el conocimiento...” que terminaban con “pero conllevará” o algo así... Que todos aprendan. Esa era nuestra consigna. ¿Pero que todos aprendan todo? Esa era nuestra duda. Una duda que no era más que una barrera, una excusa para tardar la propagación de esta tecnología. Como decía Newton “los hombres construimos demasiados muros y no suficientes puentes”. Varios días estuvimos así hasta que un día un nuevo dilema me atormentó.

Roberto llegó a su casa, como todos los días, cansado. No quiso compartir con su familia así que se fue directamente a dormir. Una tarea que practicaba todos los días pero aun así no dominaba. Treinta minutos se demoraba en dormirse, en acallar sus pensamientos. Se sentía egoísta, altanero y solo en un mundo donde solo hay otras tres personas igual de inteligentes que él. Pese a él gran proyecto del que formaba parte, no podía dejar de sentirse mal consigo mismo. Incluso ahora que sabía más, aquello a lo que le había dedicado su vida, se sentía peor. ¿Saber más implica más dolor?

se preguntaba. Decidió sacarse el chip. Volver a ser un ignorante. Nunca ninguno de los cuatro se lo había sacado y cuando lo hizo, se sintió más liviano. Sus preocupaciones eran las mismas aunque sentía que pesaban menos. Pensó en el chip como una droga y pensó también en la ausencia del chip como otra droga. ¿Qué me causa más placer? se cuestionó. ¿Conocer o desconocer?

Se recostó en su cama y continuó pensando en cómo poner fin a esta discusión infinita que tiene todos los días con sus compañeros quienes saben prácticamente lo mismo que él. Que le son equivalentes intelectualmente. No como los otros, los desactualizados, como les decía el peyorativamente a los que no conocían el chip. Todos los días discutimos que debe saber la gente y que no. Todos los días vamos añadiendo nueva información calificada al chip que supuestamente liberaremos, se dijo para sí. Pero hay algo que nunca nos hemos puesto a discutir si liberar o no. Básicamente porque la respuesta sería un no categórico por parte del comité y es la revelación de la existencia de este. ¿Qué pasaría si el mundo se enterara de que existe un comité que se encarga de decidir lo que puede aprender y lo que no? Seguramente se enojaría, dicho de una manera muy básica. Seguramente nos arrestarían obviando las leyes existentes y nos quitarían los chips. Nos torturarían para saber cómo saberlo todo y construir más de estos ejemplares. El mundo se separaría entre los que lo saben todo y los que no. Se armarían revueltas y el mundo se volvería loco. Se desordenaría. Se entregaría en cuerpo y alma a la entropía. Todas esas apocalípticas ideas pasaron por su mente mientras se quedaba dormido.

Al día siguiente, su esposa de nuevo lo despertó. Con un rutinario cansancio repitió las costumbres que ejercía en sus mañanas. Mientras se afeitaba, pensó en proponer la disolución del comité y la liberación de todo el conocimiento. Sin ninguna restricción.

Al llegar a la sala de discusiones, el antiguo taller donde por primera vez lo supo todo, se sentó y escuchó durante un largo rato en silencio las increpacias que se lanzaban sus compañeros. Cuando encontró el momento oportuno, propuso inocentemente su idea:

- ¿Y si disolvemos el comité?
- Estás loco — le contestó Ulises.
- No. Lo he pensado bastante y la existencia de un comité no es más que otra barrera para que el mundo aprenda todo.
- Pero si liberáramos todo, no todos tendrían acceso. Solo los que tienen una cuanticadora, y dinero y conocimientos para construir el chip, podrían saberlo todo. Un minúsculo grupo de gente que calza con la que tiene más ingresos en el mundo lo que terminaría por generar más segregación socioeconómica. La gente se volvería más pedante y seguramente más antisocial. Ya no necesitarían los conocimientos de los demás —le reprendió Angélica
- Por otro lado, los recursos se acabarían más rápido. Todos, o los segundos en saberlo todo, estarían interesados en hacer nueva tecnología. Sin ninguna ética ni remordimiento. Causando un impacto gigantesco en el mundo el cual aumentaría potencialmente a medida que aumentan las personas en saberlo todo. Son muchas las barreras que impiden que todos sepan todo —sentenció Ulises.

Hubo un gran silencio, hasta que Arturo tomó la palabra.

- Pero finalmente ¿no somos nosotros una barrera más? No nos hemos planteado la posibilidad de que quizás nunca terminemos de discutir lo que es éticamente aprendible y lo que éticamente no. Si hubiesen más personas para discutir, seguramente llegaríamos más rápido a una solución.
- Pero más personas, implica más gente en la que no confiar —dijo Angélica.

- ¿No confías en nosotros tres? —preguntó Ulises.
- Siempre está la posibilidad para mí de que alguno de ustedes haya dado a conocer el proyecto. Aunque me digan que no lo han hecho, no tengo como estar cien por ciento segura. Lo mismo debería ocurrir para ustedes —reprendió Angélica.
- Además, también está la posibilidad de que la idea caiga en malas manos y sea utilizada para difundir información falsa, información no científica, entre otras cosas. Miles de personas podrían construir chips y facilitarle el acceso de estos a la población e insertar sus propias ideas — continuó Ulises.
- Pero todas esas implicancias ya existen solo que de otras maneras. Siempre van a haber implicancias que frenen que todos accedan al conocimiento. Siempre han existido —señaló Roberto.
- Deberíamos continuar enfocándonos en conseguir disminuir ese 1,2% restante y luego decidir que es liberable y que no o la existencia de este comité —dijo Ulises.
- Un ejemplo claro de que saber más no te hace más sabio. ¿Para qué quieres disminuir el porcentaje si con todo lo que sabes no eres capaz de resolver ninguno de los dilemas que nos hemos planteado? Sabes más de ética que todos nosotros y parece que eres el que menos la práctica. Solo intentas conseguir lo que más te favorece a ti como persona sin pensar en el resto. — recriminó Roberto.
- Y tú eres el que más sabe de lógica y no eres capaz de reconocer un argumento ad hominem.
- ¿Vamos a seguir con esta discusión sin sentido o nos vamos a poner a trabajar? — dijo extenuadamente Angélica.
- Trabajemos. Que Ulises trabaje y como tanto quiere disminuir ese 1,2%, que nos diga una pregunta para lograrlo — propuso Roberto.

Ulises no supo que responder y los cuatro se ensimismaron, intentando buscar esa pregunta que abarcara todo. Ninguno habló ni miró a otro durante un largo momento. No podían encontrar una pregunta más amplia que *por qué* que llevara a una respuesta del cien por ciento del conocimiento. Quizás no existen las palabras— dijo Arturo — o quizás aún no las inventamos.

—Finalmente el proyecto se difundió. No sé quién fue el que hablo pero nos contactaron de diversas universidades para explicar cómo lo habíamos logrado. Terminamos por emitir un comunicado global en el que hablábamos del chip y del comité. Las universidades poco a poco empezaron a transformarse y comenzaron a emitir chips. Algunas gratuitamente, otras no. La diferencia era la calidad y seguridad de este, en cuanto a la información que venía adentro. La mayoría de las personas accedió a él. A finales de 2049, una décima parte de la población mundial se estimaba que lo sabía todo, lo que cambió enormemente el sistema educacional. Las personas que accedían gratuitamente a los chips se comprometían con la universidad que se los entregaba y desarrollaban ciencia y tecnología para estas. Las salas de clases dejaron de servir para lo que servían y se convirtieron en laboratorios, talleres y en espacios de discusión de qué era ético y qué no...Al día siguiente del que se difundió la existencia del comité, los cuatro primeros en saberlo todo nos volvimos a reunir. A discutir. Solo fuimos otra barrera más, pensábamos. ¿Sólo fuimos otra barrera más? ¿Fue todo esto una pérdida de tiempo? ¿Si no hubiésemos discutido, hubiera sucedido lo que sucedió, tal como sucedió? ¿Fue lo mejor que pudo haber sucedido? ¿Sirvió de algo discutir todo esto? No lo sabíamos y por eso continuamos discutiéndolo. Filosofando.